

¿De qué manera se efectuaban estas consultas a Jehová, en las que la mirada más sagaz no había podido descubrir ni el más pequeño germen de porvenir? Se acostumbraban a hacer por sorteo o por designaciones arbitrarias en el fondo, pero que se convertían en significativas, o por indicios fortuitos, por señales interpretadas a capricho de los sacerdotes. Cuando se empleaban los *urim* había sin lugar a dudas fraude de los *levis*, subordinados siempre a los jefes del pueblo. Como en las *sortes praenestinae*, se recurrirá a algún juego de manos hábil. El motor era invisible, y la revelación divina parecía que se verificaba espontáneamente.

Es imposible determinar qué tipo de herramientas se empleaban para la adivinación. Se ha pensado en un tablero, en una especie de juego de *chaquet*, cuyos dados eran el *urim* y el *tummim*. Parecen indicarlo así, por una parte, la expresión «hacer caer la suerte», normal en esta clase de oráculos (Samuel XIV, 41), y por otra, la siguiente manera de interpe-
lar a Jehová: «En tal caso, da *urim*; en tal otro, da *tummim*» (Samuel XVI, 41). Puede que los dos *urim* del globo alado, de los cuales uno quiere decir *sí* y otro *no*, se movieran mediante un resorte situado detrás del disco, siendo naturalmente el sacerdote quien manejase el instrumento para contestar a las preguntas. Es curioso que, en todas las consultas, las respuestas de Jehová son muy breves. La interrogación se formula de una manera en cierto modo dicotómica, que deja muy poco espacio para las vacilaciones.

También parece que, en algunas maneras de consulta, Jehová apartaba o no apartaba el rostro del objeto que le ponían delante, deduciéndose del movimiento del ídolo si la empresa intentada resultaría bien o mal. No actuaba de otro modo Egipto, de donde procedían semejantes aberraciones. Los juicios de Dios por *sí* o *no* eran entonces la base de la vida egipcia. El dios consultado contestaba moviendo los brazos o la cabeza, y a veces de viva voz. Estos ejercicios de prestidigitación los practicaban los sacerdotes mediante mecanismos bastante complicados.

Está claro que es muy confuso el aparato por medio del cual se consultaba a Jehová: lo único cierto es el hecho de la tal consulta. El *urim* y el *tummim* se consideraban propiedad o título de honor de la familia de Levi. En cualquier caso apurado, la autoridad interrogaba al oráculo del arca, y el oráculo respondía. Así se resolvían las dificultades políticas y los pleitos civiles. A esto se llamaba interrogar a Jehová, irlo a buscar, dirigirse o aproximarse a él, expresiones semejantes a la de someter la decisión a Jehová. Algunas expresiones parecen indicar que a veces contestaba Jehová de viva voz, pero no se sabe cuándo se empezaron a usar tales expresiones.

Así era «el juicio de Dios» con todos sus peligros, pero es dudoso que lo aplicaran los israelitas a las causas criminales, como se hizo en la Edad Media. Aun reducida a las civiles, esta superstición habría podido ser terriblemente funesta, si no hubiera estado en posesión de la gente más principal y sabia de la nación, que dictaba las respuestas; así como el

oráculo de Delfos estuvo siempre inspirado al parecer en la conciencia del interés de Grecia. Lo que amenazaba este oráculo material y sacerdotal más directamente, era el profetismo, estableciendo una competencia muy peligrosa. El leví iba a matar al *nabí*: el oráculo oficial iba a ahogar la inspiración libre de Israel.

Era abusivo que los particulares bastante ricos para mandar chapear de oro un *efod* y para pagar a sueldo a un *leví*, tuvieran un oráculo doméstico, que explotaban en beneficio propio, y de este abuso hubo bastantes casos. El arca les impidió desarrollarse mucho. El *efod* del arca terminó con los demás, y perdió mucha importancia cuando se construyó el Templo. No podía pensarse en introducir en «el santo de los santos» a todos cuantos querían consultar a Jehová. Más tarde, la reforma de Ezequías suprimió tan grosera costumbre. La victoria del espíritu profético fue total. Uno de sus efectos fue indudablemente esconder en las sombras este resto de la antigua superstición de Israel.

Pero incluso con esto no es probable que desaparecieran completamente el *efod* y el *nehustán* en tiempo de Ezequías, porque en el culto restaurado del siglo VI encontramos una cosa que es simplemente una variación de aquello. La insignia más característica del rico traje que se creó para el sumo sacerdote, y en el que se amontonaron todos los esplendores, era un ancho colgajo pectoral, de esmalte, compuesto de doce piedras preciosas, en las cuales se inscribían los nombres de las doce tribus. No muy claramente, los textos confunden este pectoral con el antiguo *efod* y colocan en él de manera bastante confusa el *urim* y el *tummim*. Quizá la parte superior del pectoral contuviera el disco alado y los *uroeus*, y era lo que se llamaba el oráculo. Les gustaba a los israelitas creer que Aarón llevaba el oráculo de Israel encima del corazón. Esto no respondía a nada práctico y no ofrecía peligro alguno. El antiguo sacramento estaba en parte atrofiado, materializado, convertido en joya de casulla. El sacerdocio oficial lo había suprimido al apoderarse de él. Pero la imaginación religiosa nunca se detiene. Este oráculo pectoral originó la creencia de que el don de profecía estaba pegado (si podemos expresarnos así) al pecho del sumo sacerdote, y de ello procedió más adelante la idea de que éste era profeta una vez al año.

De esta manera acabaron oscuramente el *urim* y el *tummim*. En el siglo V antes de J. C. ya no se sabía lo que habían sido éstos ni el *efod*. En todas las cuestiones que se tenían por insolubles, se aplazaban dichas partes para el siglo en que llegara un sacerdote que supiera juzgar por *urim* y *tummim*, lo cual era algo irónico, como si ahora dijéramos: «Esto se aclarará cuando vuelvan a usarse los juicios de Dios.» Los últimos redactores de los libros históricos borraron muchas huellas del antiguo materialismo. Los traductores alejandrinos de la Biblia, enterados de las costumbres egipcias, descubrieron con sorpresa un tablerito de piedras preciosas que llevaba en Egipto el Gran Juez al cuello, colgando encima del pecho y que en la época tolemaica se llamaba *Aletia*.

Todos estos hechos nos inducen a buscar en Egipto los orígenes de *urim* y *tummim*, sin que sea necesario creer que fueron tomados directa-

mente. La influencia egipcia se extendía sobre toda Fenicia. El *efod* israelita pudo copiarse de utensilios adivinatorios utilizados entre los fenicios y los filisteos, los cuales a su vez lo copiaron de Egipto. Las supersticiones tienen el triple privilegio de transmitirse fácilmente de un pueblo a otro. El *urim* y el *tummim* fueron para el israelita lo que la Caaba para el islamismo. La Caaba es un resto de paganismo, que Mahoma no se atrevió a abolir. El monoteísmo judío tampoco se atrevió a suprimir del todo el antiguo *efod*, pero en cierto modo lo ahogó entre los símbolos del monoteísmo triunfante.

El dios oráculo era simultáneamente el dios de los votos y juramentos, sobre todo de los juramentos terribles de exterminio y venganza, como para precaverse contra cualquier tentación de piedad. Todo juramento prestado a Jehová valía como un voto. Jehová se vengaba si se faltaba a él. Callábase entonces el oráculo, el silencio del *efod* indicaba la ira de Jehová, y el criterio de la verdad dejaba de existir. Así era esencialmente Jehová un dios de verdad. No podía tolerar que su nombre cubriera la menor exactitud. Este formidable *Zeus Orkios* no ve más que el hecho material. El matiz, las circunstancias atenuantes se le escapan. Es feroz, cuando se le defrauda en la debida cantidad de sangre. Los sacrificios humanos fueron más frecuentes en Israel a lo largo del período de los Jueces y de los primeros reyes, que durante la edad patriarcal. Un dios exacto y duro sustituyó al anciano padre Abraham, lleno de justicia, de humanidad y de bondad.

No existía la moral como cosa absoluta, superior a los dioses y a los hombres. Con el vínculo personal creado entre Dios y el hombre por el voto y el juramento era suficiente. Era algo análogo a los pactos que hacen los niños, cuando juegan. Determinadas cosas están prohibidas, no por ser malas en sí mismas, sino porque llevan como una especie de *tabú* que las sustrae al mundo humano, y las rodea de un ambiente terrorífico. Un rencor profundo parece el sentimiento dominante de este dios, demasiado caprichoso para ser buen justiciero.

Dentro del círculo popular, ¿cuál era en aquella época la relación entre los dos nombres divinos, Jehová y Élohim? No puede saberse con exactitud. Es probable que el empleo de la palabra Jehová progresase cada día. Se prefería, sin embargo, a Élohim en los proverbios, en las máximas de la filosofía parabólica que ya debía de existir muy rudimentariamente. Aquella literatura nunca empleó la palabra Jehová, porque se relacionaba con un ideal anterior al jehovahismo. Sabaoth se utilizaba muy pocas veces. A veces se añadían los nombres de Sabaoth y Élohim después de Jehová. La expresión Adonas-Jehová (mi señor Jehová) era de puro respeto. La de *Jehová elohé Israel* (Jehová, dios de Israel) era la expresión de la perfecta verdad. Élohim y Sabaoth eran para todo el género humano; Jehová era para Israel sólo. Seguramente al otro lado del Amón dirían *Camos elohé Moab* (Camos, dios de Moab).

El parecido según el cual se construye la teología primitiva hizo que se atribuyese a Jehová una corte celestial, de la que formaban parte los antiguos «hijos de Dios». Sus ejércitos tenían un generalísimo, un *sarsaba*,

el cual se hallaba a veces espada en mano. Más importante era el ángel o mensajero *Maleak*, encargado al principio de transmitir las órdenes de Jehová y que luego se convirtió en gran visir que compartía el poder con Jehová. Desde los tiempos más remotos tenía Jehová consigo una especie de *duplicado* llamado Maleak Jehová, que era como su *alter ego*. Es posible que el Moloch o Miek de la religión cananea tuviera un origen similar, procedente de la teología egipcia, según la cual todo Dios tiene un *duplicado*, al que se puede acudir como al mismo Dios. En Tebas se han encontrado invocaciones al duplicado de Amón.

El *Maleak* es a veces un hombre de Dios enviado por Jehová con un fin determinado, pero en la mayoría de los casos no se distingue del propio Jehová.

Los samaritanos y judíos alejandrinos, Josefo y los judeocristianos exageraron esta manía teológica, y en los antiguos relatos incluso sustituyeron a Dios con esa especie de segunda persona de Dios. El hombre hizo análogo papel; el nombre de la persona fue la persona misma. Fácilmente se ve cómo habían de nacer de tales hábitos de lenguaje las teorías del Verbo y de la Trinidad. Era éste el principio de la teología de las hipostasis buscada por el monoteísmo cristiano para sacar de su seno la variedad y la vida que le faltaban por no tener mitología.

En algunas ocasiones se exageraban más estas divisiones hipostáticas. Jehová aparecía indiviso de sus *haberim* o *maleakim* y concebido como uno de ellos. Al viajar le gustaba que le albergaran y alimentasen, y a quienes se extrañaban de que Jehová pudiera comer y beber, se les contestaba que no lo hacía Jehová sino su *maleakim*. La forma propia de Jehová nunca es la humana. Es una especie de dragón, que muge el trueno, vomita la llama, sopla la tempestad y es como una masa eléctrica condensada. Actúa como un agente universal. Como el sacrificio cuando la llama lo devora. La llama entonces es a veces espontánea: lame los pedazos de víctima tendidos sobre la roca y los hace desaparecer. Unas veces aparece una nariz sobre el humo del sacrificio para aspirarlo. Otras se ve al dios subir en la llama del sacrificio y desaparecer con la lengua del fuego que se eleva del altar. Entonces se ha visto realmente a Jehová, y se está seguro de morir.

Es corriente que Jehová se disfrace para mostrarse a los hombres. Se hace Proteo y Vertumnio y entonces es muy batallador. Se le encuentra en los rincones desiertos del país que prefiere, y trata de matar a la gente, sediento de sangre. O bien en las pesadillas de las malas noches, se cree luchar contra él, sudando y padeciendo bajo una fuerza desconocida, hecho que dura toda la noche, hasta el amanecer. Al despertar siente el creyente gran cansancio y ve que ha luchado contra Jehová o su *maleak*. Así le ocurrió a Jacob y por eso se le llamó *abir Jacob*, «el fuerte de Jacob», y a Dios *abir Israel*. El *maleak* era la ficción por la que el ser divino informe o deforme entraba en el orden de los seres visibles y finitos. Generalmente, cuando se sospechaba la presencia de un *maleak* se le servía una buena comida.

Normalmente Jehová es inaprehensible y no se le puede prever. Ape-

nas se adivina bajo las rarezas de este agente electriforme al que será algún día el dios justo. El Jehová del tiempo de los Jueces no tiene casi nada de un dios moral. Elige a cierto pueblo; prefiere a determinados hombres; sus predilecciones no son explicables. Es muy inferior a los antiguos *élohim* y, comparando el estado religioso de los jacobelitas o isaacitas nómadas con el de las tribus israelitas en el tiempo que estudiamos, se ve que es muy grande el rebajamiento. Se necesitarán siglos de progreso para que Jehová ame el bien, aborrezca el mal y se convierta en dios universal. Confiemos en el genio de Israel, en los recuerdos persistentes de la Edad de los patriarcas, y en la acción latente de los piadosos ejemplos de *Pater Orchamus*. Confiemos sobre todo en la humanidad que consigue siempre su objetivo, transforma poderosamente lo que ama y a fuerza de golpear en el vacío acaba por sacar del ciego *urim y tummim* algo de justicia y de verdad.